

*El acontecimiento será
nuestro maestro interior.*

Emmanuel Mounier

Edita

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Dirección del I. E. M. en Internet:

<http://www.pangea.org/~spie>

Correo electrónico:

iem@pangea.org

Consejo de redacción

Luis A. Aranguren Gonzalo

Ángel J. Barahona

Antonio Calvo (*Presidente
del Instituto E. Mounier*)

Luis Capilla

Carlos Díaz

Luis Ferreiro (*Director*)

Teófilo González Vila

Eduardo Martínez

Mercedes Muñoz

Manuel Sánchez Cuesta

Andrés Simón

Rafael Ángel Soto

Colaboradores

Jesús M^a Ayuso (Extremadura)

José M^a Vegas (Rusia)

El Instituto Emmanuel Mounier trabaja desde la sociedad civil al servicio de los valores de la persona en comunidad. Todas las personas que colaboran en esta revista y en el resto de sus actividades lo hacen de manera voluntaria y desinteresada.

Periodicidad: trimestral.

Administración, suscripciones, publicidad:

Instituto Emmanuel Mounier

Melilla, 10 - 8º D

28005 Madrid

Teléfono/Fax: (91) 473 16 97

Depósito legal: M-3.949-1986

Impresión: Palgraphic, S. A. (Humanes de Madrid)

Diseño y producción:

La Factoría de Ediciones, S. L.

Servicios Editoriales

Conde de Xiquena, 15 - 2º dcha.

28004 Madrid

Teléfono/Fax (91) 310 40 98

Editorial

Multitud, medios, mentira vs. persona, fines, verdad

Luis Ferreiro

Director de Acontecimiento

Hace un siglo que Julio Verne lo había imaginado. En una pequeña novela, *El experimento del doctor Ox*, un estrafalario científico llega a una ciudad y propone a las autoridades la instalación del alumbrado público, éstas acceden y en poco tiempo una serie de conducciones unen los faroles con una central, en la que el enigmático Doctor Ox controla el flujo de combustible y de oxígeno que alimenta la iluminación. Pero el verdadero interés de este personaje es realizar un experimento de control emocional de toda la población. De manera que por medio del suministro de oxígeno, en exceso, provocaba una euforia incontenible y una actividad frenética en todos y cada uno de los ciudadanos, que ignorantes de lo que les ocurría, perdían su mesura pareciendo estar presos de un estado de ebriedad colectiva. Lo que pretendía aquel inefable doctor que, con su ayudante eran los únicos que permanecían dueños de sí, era que las emociones de los hombres pudieran ser gobernadas según sus deseos, para convertirse en dueños de las vidas de los demás. Cosa que, finalmente, no logran a causa de una explosión fortuita que pone fin a sus designios de poder.

De forma menos aparatosa, pero mucho más eficaz, en los últimos meses hemos visto exhibir su capacidad de sugestión a los grandes medios de comunicación. El cruel asesinato de M. Á. Blanco

(que condenamos sin paliativos), la muerte de una princesa británica, la boda de otra española, ... y otros sucesos convertidos, a veces, en espectáculos han convocado a las masas a un sentimiento común, mientras otros acontecimientos apenas suscitan escándalo ni sentimiento alguno, pensemos, por ejemplo, en las crueles matanzas de Chiapas o Argelia. Parece como si hubiera un número mínimo de muertos por hora, por debajo del cual algunos pueblos no merecen unos minutos de televisión al año. Todavía hay clases. Y ahora, hasta en la muerte. Eso tan hermoso de Jorge Manrique de que «Allegados son iguales/ los que viven por sus manos/ e los ricos», fue en tiempos de trovadores, que no de periodistas.

Estando en éstas, no falta en nuestro panorama intelectual quien piense que el ingrediente fundamental de los fenómenos sociales es el sentimental, cuando éste se extiende en la sociedad se cuecen los cambios históricos. Si la historia está en manos de los sentimientos, habrá que preguntarse si el sentimiento puede ser orquestado, que es lo que de hecho ocurre, y en manos de quién está la batuta. Pues sucesos como los citados, convenientemente magnificados y sometidos a una ampliación afectiva más allá del impacto natural en su ámbito de proximidad, pasan a ser emociones o sentimientos configuradores de la sociedad. Con esta materia prima del sentir popular un

formidable aparato técnico consigue crear artificiosas unanimidades, sucedáneos de la verdadera comunión humana que, puntualmente, hacen el milagro de unir millares de vidas entre sí. Más aún, ejerciendo los *mass media* de médiums acometen la titánica tarea de unir a multitudes de vivos con algunos muertos.

Grave asunto es, entonces, que exista una ingeniería del sentimiento, mediante la cual alguien sea capaz de propagar los estados de ánimo públicos que le interesan. No es, en ese caso, el sentimiento el que guía de forma inmediata el devenir de los pueblos, sino alguna racionalidad que conoce sus resortes y los «media»-tiza, alguna voluntad de poder que apenas da la cara, alguien oculto en las sombras interesado en la gregaredad de los más.

Ante tanta *unidad por arriba y con los de arriba*, que deja a los de abajo como carne de compasión para los telemaratones, no nos queda más remedio que *apagar todas las cadenas* y mirar en otra dirección, a falta de explosiones fortuitas y de ganas de *romper las cadenas*.

Volvamos a Kierkegaard (¡cuánto alcanzó a ver el futuro por mirar en profundidad, con mirada de eternidad, su época!):

«La multitud es mentira. De aquí que nadie mire con más desprecio por lo que es ser hombre que aque-

llos que del conducir a la multitud hacen su profesión.»...

«El hecho de que un autor anónimo, con la ayuda de la prensa, pueda, día a día, encontrar ocasión de decir (incluso sobre materias intelectuales, morales y religiosas) lo que le viene en gana, y lo que tal vez estaría muy lejos de tener el valor de decir como individuo; que cada vez que abre la boca (¿o sería mejor decir sus fauces abismales?), se dirige a un mismo tiempo a miles y millares; que pueda hacer que se repita lo que ha dicho mil veces diez mil, y que en todo eso nadie tenga responsabilidad, de forma que no es como en los antiguos tiempos en que la multitud, relativamente impenitente, poseía la omnipotencia, sino que ahora una cosa absolutamente impenitente, un nadie, una anonimidad, que es el autor, y otra unanimidad, el público, algunas veces, incluso suscriptores anónimos, son los que la tienen, y con todo esto, ¡nadie, nadie!»

Por esto, desde Acontecimiento queremos comenzar desde abajo, desde el *encuentro* de amistad y la conversación entrañable, de tú a tú, desde la reflexión hacia un pensar y un sentir común y transformadores. En ese encuentro siempre habrá entre nosotros un tercero, el otro ausente que, con frecuencia, será el pobre, el ignorante, el que sufre. ¿De qué valdrían nuestras palabras si no sirven al pobre, al desvalido, a la víctima, si no son

buena noticia para ellos? Nuestro lugar está donde peligra la persona y la verdad, fines últimos de la comunicación a la que todo medio debe servir.

Nuestra época es la era de inflación, que también lo es de palabrería y de imaginación en devaluación constante. Sobran palabras, pasto del tiempo, faltan silencios para la escucha y la mirada, para la obra callada e inspirada, para la soledad sonora y fecunda. Lo que la época necesita, decía Kierkegaard, es eternidad; por ella alcanzamos la esperanza para hacer de cada día un humilde átomo de historia que merezca memoria y salvación.

Y, si bien, no esperamos grandes conversiones, nos siguen pareciendo valiosas las pequeñas, e indispensable la nuestra propia. Puede ser que lo que parece un grito en el silencio, una llamada sin respuesta, o una reflexión en el vacío, sea lo único que permanezca, y que cuando se olviden los consensos y se disuelvan las multitudes, queden la ética militante y las personas perseverantes reiniciando continuamente *la unidad por abajo* y desde lo más profundo, admitiendo pacientemente, con Kierkegaard, que «la 'verdad' no puede ser entendida con la misma rapidez que la falsedad, la cual no requiere conocimiento preliminar, ni enseñanza, ni disciplina, ni abstinencia, ni abnegación, ni honesta preocupación sobre uno mismo, ni labor paciente».